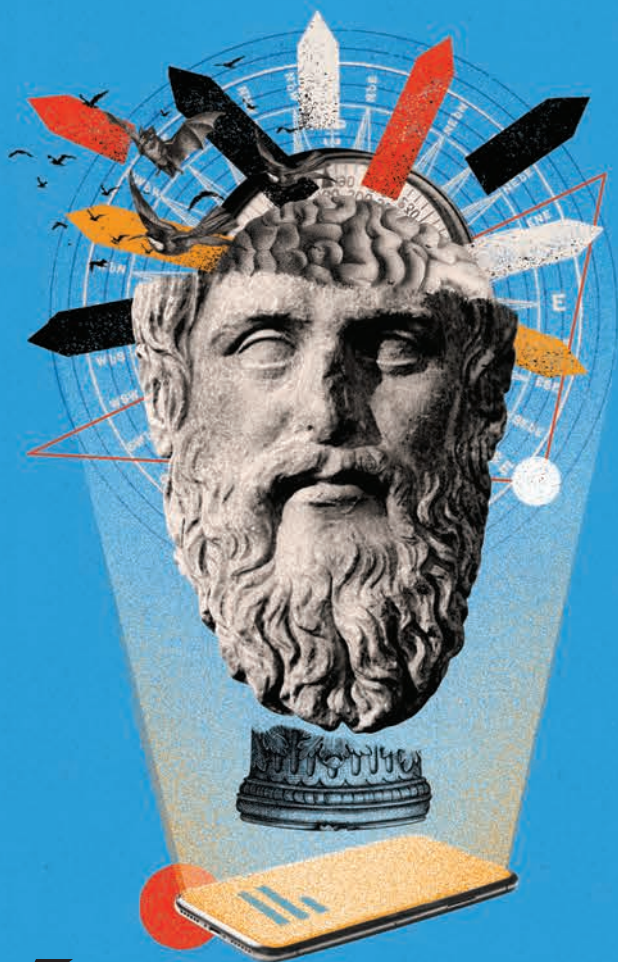


DAVID PASTOR VICO



Ética para desconfiados

FILOSOFÍA ESENCIAL PARA SOBREVIVIR
A ESTE MUNDO HOSTIL

Ariel

David Pastor Vico

Ética para desconfiados

Ariel

Primera edición: mayo de 2023

© 2021, David Pastor Vico
© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

© 2023, de esta edición Editorial Planeta, S. A.
Editorial Ariel
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3623-7
Depósito legal: B.7637-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Índice

<i>Prólogo</i>	11
<i>Antes de empezar</i>	13

ÉTICA

Pesar el tiempo	19
¿Qué hago con toda esta incertidumbre?	24
Ante todo: mucha calma	28
Para conocerme a mí mismo	31
¿La política nos hace menos animales o solo otro tipo de animales?	34
Lo que hacemos para no cagarla... demasiado	38
¿La moral hace todo más simple?	42
Tantas morales como culturas	48
No hay valores universales	56
Entonces, ¿todo vale?	62
La fuerza de la costumbre	67

Una moneda en el aire	72
Todo tiene un precio	80
¿Cómo me afecta el miedo?	86
Hay otros en <i>nosotros</i>	96
Entonces, ¿soy realmente libre? ¿Existe la libertad?	104
Aquí comienza la libertad de otro, ¡relájate!	109
Todo se trata de confianza	114
Cuando se rompe el nosotros	117
¿Y si yo fuera un hipócrita?	124
Individualismo idiota	131

EL REMEDIO AL DOLOR Y AL MIEDO

La misma ansiedad desde hace miles de años	139
Lo bueno es fácil de conseguir	145
1. Procurar la amistad	147
Hay tres tipos de amigos, joven Nicómaco	151
2. Ser autosuficiente	159
¿Se puede o no alcanzar la autosuficiencia?	167
3. Libertad, ¿fácil de conseguir?	176
Posibilidad y libertad	183
¿Me estás diciendo que lo bueno sí es fácil de conseguir?	189
Cerrando el círculo, de vuelta a la amistad	193
Una última cosa	195
<i>Glosario filosófico mínimo</i>	201
<i>Mapas conceptuales</i>	217
<i>Sobre Ética para desconfiados de Vico</i>	221
<i>Agradecimientos</i>	223

Pesar el tiempo

MI PASO POR la adolescencia se pareció bastante a una estampida de animales salvajes. Como si alguien hubiera dejado abiertas las jaulas del zoológico municipal y un centenar de fieras, ávidas de libertad, de repente tomaran la ciudad. Las consecuencias son predecibles para cualquiera: aplastamientos, destrozos de mobiliario urbano y, asumámoslo, un inagotable reguero de mierda.

Nada que ver con ese camino de baldosas amarillas plagado de sonrisas en el que la mercadotecnia y los medios de comunicación actuales han querido convertir a la juventud. Muchos jóvenes ambiciosos y fácilmente influenciables emulan desde sus redes sociales este ideal: postean sus fotos más producidas e impactantes, las geolocalizaciones más glamurosas, más *nice* y *cool*, o los supuestos logros trascendentales que, día a día, van consiguiendo. Otros se afanan en compartir la ruta que acaban de correr y que jamás repetirán, el diploma de un curso *online* que nunca utilizarán o en hacer 25 flexiones cada día durante un mes para solidarizarse con una supuesta

causa justa o por el puro capricho de mostrar una forma física muy mejorable, ¿quién sabe?

Y es que a veces, muchas veces, me sorprende haber llegado a la adultez de una pieza, sin más mutilaciones y heridas que las típicas de alguien que ha vivido lo más intensamente que pudo durante esas primeras décadas de su vida y que espera vivir lo suficiente para poder ver a sus hijas superar también esa etapa.

Hoy me divierte reconocer mis contradicciones, haber hecho esas cosas que dije que nunca haría y que ahora me enorgullezco de haber hecho, junto a otras muchas que, siendo sincero, me avergüenzan, pero que forman parte de un aprendizaje global y estoy casi seguro de que no repetiré. No obstante, si hiciera alguna estupidez, espero que este nuevo fracaso de la **voluntad**¹ me legitime para llamarme imbécil ante el espejo del baño por las mañanas; solo eso, tampoco hay que martirizarse demasiado, no sirve de mucho. Así es el *animal humano*, así somos: racionales y viscerales en todo momento, incapaces de desligarnos de nuestra avergonzante animalidad. Porque, en el fondo, dejarnos llevar por ella nos fascina, por mucho que después reivindicemos la **razón** como el máximo y más brillante exponente de nuestra humanidad. Nada vamos a conseguir con negarlo.

Todavía hoy sigo emocionándome al escuchar la misma música con la que intentaba mitigar los momentos de angustia de la adolescencia, por no saber qué sería de mi vida cuando el futuro se me echara encima y no pudiera impedir el golpe con la realidad. Aquellos acordes mágicos me permitían la evasión por momentos. Y todavía sigo moviendo

1 Explico todas las palabras en negrita al final del libro, en el «Glosario filosófico mínimo».
¡Consúltalo!

la cabeza al ritmo de aquella otra música que me hacía saltar y brincar como un poseído. Recuerdo que en los conciertos me decía al oído, a grito limpio, que aprovechara ese instante, que el tiempo pasa y nunca se volvería a repetir ese estado de euforia con los amigos y que para torturarme con el mañana ya estaría la resaca del despertar.

Si cierro los ojos, es fácil entender que *ayer* es una palabra más grande de lo que parece y no solo se refiere al día anterior al que ahora vives. Si cierro los ojos, puedo oler el mar y la emoción y el nerviosismo inquieto de la primera escapada a la playa con los amigos. Puedo sentir la incertidumbre ante aquella primera cita que, desde luego, iba a ser una decepción absoluta, pero que estaba obligado a vivir como la mayor de las posibilidades. Aún tengo en las tripas el miedo y el vértigo por el inminente golpe de las consecuencias de haber hecho algo indebido, aquello de lo que normalmente me arrepentía de inmediato, aunque tarde: engañar a un amigo, mentir a mis padres, faltar a la palabra dada, insultar de forma gratuita, abusar física o psicológicamente de alguien más débil.

Y si soy valiente y me siento fuerte, cierro los ojos y puedo revivir, con la misma desolación de entonces, la primera pérdida realmente importante de mi vida: la de la inocencia. La primera vez que supe lo que era el amor no correspondido e intuí las muchas veces que se repetiría aquella zozobra, lo difícil que sería encontrar a la persona adecuada, si es que llegaba a conseguirlo. El primer sueño roto, ese momento exacto en el que el miedo pudo más que la voluntad y me amordazó, me paralizó y me hizo sentir impotente y estúpido. El primer amigo que me dejó antes de tiempo, la primera vez que tuve la certeza de que el mundo era una mierda y lo utópico que resultaba intentar cambiarlo. Todas esas cosas, y muchas más, son las que

hacen que la palabra *ayer* sea más traicionera y deseada de lo que ahora te puedas imaginar.

Cuando mi abuelo Antonio cumplió ochenta años y yo aún no llegaba a la veintena, le pregunté si recordaba su niñez con la misma intensidad y claridad con que yo lo hacía, siendo más joven. Por alguna estúpida razón, en ese momento creí que quizá, al ser tan viejo, los recuerdos estarían desdibujados, en blanco y negro o en color sepia, como las fotos de familia que guardaba en una caja de zapatos dentro del ropero. Pero no; para mi asombro, el abuelo me aseguró que se acordaba de su infancia como si hubiera sido ayer, incluso mejor de lo que recordaba haber desayunado esa misma mañana. Me contó cómo los niños pobres de los años veinte del siglo pasado en Sevilla, sin nada mejor a lo que jugar, competían a ver quién llegaba más lejos apuntando con el chorro de su propia orina; quizá alcanzaban la distancia entre un rail y otro de las vías del tren, un metro o tal vez metro y dos palmos. Se reía y, entonces, se sorprendía de que el tiempo hubiera pasado tan deprisa, tan pronto, tan inmediato, con tanto dolor y con otros muchos momentos dignos de recordarse. Pero para rememorar estos últimos siempre tenía que hacer un esfuerzo extra, igual que para olvidar otros más tristes, aunque nunca se fueran en realidad. Decía que dentro de sí se seguía sintiendo joven, que reconocía al niño que fue cuando se miraba en los espejos.

Así descubrí que el peso del tiempo no se siente en el momento, y todo puede fiarse cuando crees que te queda suficiente por delante. Pero cuando sabes que ya queda muy poco, lo temes como al dolor. Porque eso es el tiempo: la certeza de que somos finitos, de que todos vamos a morir sí o sí y de que en realidad nunca sabes qué cantidad te tocó para sufrir y disfrutar de la vida.

Si por alguna suerte de encantamiento hollywoodiense ahora pudiera ir a visitar a ese yo del pasado (egocéntrico, taciturno e irascible; malencarado e inocentón; inteligente, pero nada listo; creativo, aunque demasiado holgazán; que se creía invulnerable a las tormentas, a la vez que podía llegar a ser un chiste con patas), no sabría si darme algún buen consejo, un par de guantazos a mano abierta, un abrazo rompecostillas o dialogar tranquilamente sobre qué me espera de bueno y de malo en los próximos años. Quizá todo a la vez. El problema es si ese yo del pasado toleraría de buen grado alguna de estas cosas. Los guantazos te aseguro que no, aunque los necesitara y casi los estuviera pidiendo a gritos.

Ahora pretendo hacer algo parecido contigo, aunque sin llegar a las manos. Conmigo, desafortunadamente, nunca podré hacerlo, aunque me habría venido de puta madre. Quizá me sienta culpable por las muchas cagadas que hice y quiera ayudarte a no hacer lo propio; quizá me esté autoengañando, o quizá crea que realmente necesitas escuchar lo poco que puedo decirte sobre estas cosas. Puede que te sean de utilidad, no lo sé.

Y no sé, tampoco, en qué disposición te encuentras para escucharme; no te conozco y tal vez a eso te aferrarás para no hacerme mucho caso. Me dirás que nada de lo que te cuento tiene que ver contigo, que qué sabré yo de tu vida, de tu familia, de tu entorno, de tus amigos, de tus sueños y de tus miedos. Puede que tengas mucha razón, pero ningún ser humano ha sido tan radicalmente diferente en todos los siglos que nos ha tocado pisar la Tierra como para que todo esto no le sea propio. No somos tan distintos como ahora mismo crees, y esto lo repetiré hasta el cansancio. Déjame, al menos, intentar demostrártelo.